

la misma facilidad los cimientos del nuevo: mas apenas se pusieron las primeras piedras cuando sobrevino un horrible terremoto que las lanzó de su seno y las arrojó á una gran distancia. Cayeron á tierra al propio tiempo la mayor parte de los edificios de las inmediaciones; entre otros las galerías, adonde se retiraban los Judíos destinados al trabajo. Todos cuantos se encontraron allí quedaron muertos ó á lo menos muy mal heridos (1). Unos torbellinos de viento arrebataron la arena, la cal, y todos los demás materiales de que se habian acopiado montones inmensos; pero lo mas terrible y lo mas divino que hubo en este caso, fue que saliendo del edificio unos globos de fuego, y corriendo por do quiera con una rapidéz espantosa, trastornaron á los obreros, los arrastraron, los consumieron hasta los huesos ó los convirtieron enteramente en cenizas. En pocos instantes todo el taller quedó desierto. El fuego llegó hasta encontrar y devorar rápidamente los martillos, los azadones, los cinceles, y todos los instrumentos reservados en un edificio apartado. Un torrente de fuego serpenteando por medio de la plaza, y despidiendo por todas partes mil rayos inflamados, abrasó y sofocó á los Judíos discurriendo con una especie de inteligencia. Repitióse por muchas veces por el dia este fenómeno; y por la noche cada Judío veía sobre sus vestidos cruces tan bien grabadas que no las podian borrar por mas esfuerzos que hiciesen. Apareció asimismo en los aires desde el Calvario hasta

(1) *Ammian. Marcel. lib. 23. cap. 1.*

el Monte-Oliveté una cruz brillantísima. Animándose unos á otros y queriendo sacar partido por fuerza del Príncipe apóstata los obstinados hijos de Jacob, no dejaron de volver al trabajo en diversas ocasiones: mas siempre fueron rechazados de una manera igualmente temible y milagrosa: de modo, que muchos de ellos, y un número mas grande de idólatras confesaron altamente la divinidad de Jesucristo, y pidieron el bautismo.

Refieren unánimemente este prodigio no solo todos los historiadores eclesiásticos de todos los partidos, Católicos, Arrianos y Novacianos, sino tambien los mismos Gentiles como Amiano Marcelino, admirador grande de Juliano apóstata. Publicáronle altamente pocos años despues del suceso San Gregorio Nacienceno, San Ambrosio y San Juan Crisóstomo, en presencia de una multitud de oyentes, á quienes le referian, como á testigos de vista. Añade San Juan Crisóstomo en particular, que en su tiempo se veían los cimientos abiertos por los Judíos, y que este monumento era para todos los espectadores una prueba sin réplica de lo que habia intentado la impiedad, sin haberlo podido llevar á efecto (1).

35. En fin Juliano confundido se aplicó á una empresa menos desesperada. Durante todo el invierno habia hecho sus preparativos para la guerra de Persia. Consultó á los oráculos mas famosos, especialmente á los de Delfos, Delos y Dódona. Prometiéronle todos el triunfo; y uno de ellos le afirmó, que iban

(1) *Chrysost. Tract. Quod Christus sit Deus.*

á prepararle siguiendo las huellas de Marte, los mas gloriosos trofeos cerca del rio que tiene el nombre del mas feróz de los animales: lo que interpretó Juliano del Tigris. No cesó en el camino de ofrecer sacrificios, libaciones, inciensos, y egercer las prácticas detestables de una magia homicida. Mandó en Carras de Mesopotamia tapiar las puertas del templo de la Luna, despues de sacrificar en él (1). Fue abierto poco despues de su muerte, y se halló una muger colgada por los cabellos con las manos estendidas violentamente, y abierta por el vientre, en el que había buscado presagios de la victoria, que realmente no creía muy cierta á pesar de todas las promesas de sus dioses. Descubriéronse en el palacio de Antioquia arcas llenas de cabezas de muertos, cuevas llenas de cadáveres sacrificados á los ídolos, y una multitud de niños de uno y otro sexo disecados para las operaciones de la magia.

36. Inspiráronle estos horrores, que solo debian infundirle el temor de la venganza divina, una ciega seguridad. Ofreciéronle sus socorros diversas naciones, pero rehusó sus ofertas diciendo con un loco orgullo, que á los Romanos pertenecia el socorrer á los extranjeros, y no el ser socorridos de ellos. Mostró aun mayor insolencia con los Sarracenos pensionados por el imperio y muy mal pagados, pues contestó á sus quejas, que un Emperador guerrero no empleaba sino el hierro para sus designios, y no el oro ni la plata; lo cual les movió á tomar partido por los Persas. Siem-

(1) Theodor. lib. 3. hist. cap. 26.

pre usó en todos los negocios la misma vanidad ó ridiculéz, sacrificando á una espresion ingeniosa, á una sentencia enfática, y á una frívola desfachatéz de espíritu ó de grandeza de alma su tranquilidad, su seguridad y la del estado.

Escribió al Rey de Armenia que se dispusiera para reunirse con sus tropas: pero lo hacia menos para servirse de ellas, que para alabarse en su presencia, como un hombre de guerra favorecido del dios Marte; y para vomitar mil blasfemias contra Jesucristo, porque los Armenios profesaban el cristianismo. El principal delirio de todos los que le ocupaban era la estimacion de las observancias de la idolatría y sus ridículos escarnios contra nuestros divinos Misterios. Eternamente pensaba en esto, como un espíritu trastornado en el objeto que le causó su delirio. Ved donde dirigia todos sus cuidados, y la atencion que le merecia el estado. Decia que se apresuraba á poner fin á las guerras estrangeras para no tener mas objeto ni negocio que acabar con los impíos, esto es, con los Cristianos segun su estilo; proponiéndose alzar los ídolos mas impuros en todas nuestras Iglesias, y edificar un anfiteatro en Jerusalem, para proporcionarse el placer de ver á los Monges consumidos y aniquilados con la penitencia, y los Obispos viejos luchando con los leones y con los osos: pero sin esperar el momento de egercer libremente todo su rencor, principió desde entonces á arruinar con impuestos á los adoradores del verdadero Dios. Todo el que no adoraba los ídolos sufría estas horribles vejaciones, exi-

giéndose el tributo del modo mas duro y mas desapiadado (1).

37. El 5 de Marzo salió de Antioquía, dejando en aquella ciudad un Gobernador bien conocido por su genio revoltoso y cruel; lo que se representó al Emperador, pero contestó: „sé muy bien que Alejandria no merecia tal Gobernador, mas sí le merece Antioquía.” Vió una multitud de gente pasando cerca de Ciro á la entrada de una caverna; y le dijeron que allí estaba retirado el santo solitario Domicio, á quien acudian á visitar los pueblos cercanos para edificarse y lograr el restablecimiento de sus enfermedades. Juliano con una crueldad irónica respondió: „su estado es vivir solo; á mí me toca hacer que lo cumpla.” Mandó al momento tapiar la caverna, donde el Santo murió de hambre, y la Iglesia le venera entre sus Mártires. Mandó sacar de la ciudad de Nisibe las reliquias del ilustre Obispo Santiago, que los habitantes miraban como su principal salvaguardia: y con efecto, esta plaza importante no tardó á caer en poder de los Persas.

38. En el viage entretenia Juliano las noches escribiendo. Dice Libanio, que entonces compuso su grande obra contra la Religion cristiana, que este retórico antepone á los escritos de Porfirio sobre el mismo asunto. Es de creer que Máximo y los demás filósofos que seguian al Emperador le ayudaron en la empresa, y todos estos aduladores juntaron sus escritos bajo el nombre solo del Príncipe. No nos queda

(1) Oros. lib. 7. hist. cap. 30.

de esta obra maestra de la impiedad, sino lo que ha conservado San Cirilo Alejandrino en la refutación que escribió contra ella. Reuniéronse con las objeciones de Celso completamente desvanecidas por Orígenes, las que Eusebio Cesariense habia refutado en su demostración evangélica.

Pero fue sin comparación mas útil que dañoso al cristianismo este escrito de Juliano, lleno por otra parte de testimonios ó confesiones gloriosas á la religion; pues se ve por él que Jesucristo curaba á los ciegos y á los cojos, y que habia libertado á los poseidos del demonio en Bethsaida y en Betania. En verdad, no describe estas acciones sino como pequeñas y de poca consideración, pero no niega su realidad. Tambien confiesa respecto á la divinidad de Jesucristo, que los fieles la habian reconocido desde la mas remota antigüedad; pues vuelve tambien contra ellos la acusación de Politeísmo, porque adoraban al Hijo de Dios como al Padre, y se nota al propio tiempo que no intentaban adorar muchos dioses. No obstante, el apóstata añade, *que el buen hombre Juan* (así apellida por desprecio al mas sublime de los evangelistas) *es el primero que anunció claramente la divinidad de Jesus, viendo que esta epidemia, para seguir usando las espresiones del apóstata, se habia ya esparcido entre muchos en varias ciudades de Grecia é Italia.* Tambien acusa á los fieles de dar siempre á María el título soberbio de Madre de Dios: de que tributan un culto religioso á los muertos, á saber, á los Mártires: y de que honraban con un profundo

respeto la cruz, el instrumento del mas ignominioso de los suplicios: puntos importantes de tradicion contra las heregias que se movieron desde aquella primera edad.

39. La sátira que hizo de los Emperadores bajo el título de discurso de los Césares, es la mejor obra que nos queda de Juliano; en la que su malignidad le sirvió tanto como su entusiasmo: mas no se halla en ella cosa notable relativa á nuestro objeto, sino su afectacion indecente en abatir al gran Constantino. Los demás escritos que hay de este Príncipe retórico y sofista, como sus epístolas y discursos, solo respiran vanidad, pedantismo, y la ridícula amalgama de una gravedad filosófica con la supersticion popular. Gloriábase este imitador pueril de pasar las noches escribiendo, y el dia en la administracion de los negocios del estado, queriendo igualarse al primero de los Césares.

40. Los Romanos habiendo verificado su entrada en la Persia por la Asiria, asaltaron allí algunas plazas y triunfaron de un grande número de enemigos. Juliano quiso en accion de gracias sacrificar diez toros á Marte: pero los nueve cayeron muertos de repente, segun cuenta Amiano Marcelino, antes que los hiriesen (1). El décimo, añade el mismo autor, rompió sus lazos, y habiéndole conducido segunda vez y sacrificado con mucha dificultad, no hizo mas que aumentar la consternacion de los idólatras. Ofreció sin embargo el Rey de los Persas la paz con muy venta-

(1) *Amm. Marcel. lib. 24. ab init.*

josas condiciones para el Imperio: mas Juliano ni aun quiso dar audiencia á los Embajadores. Un gran número de plazas habian abierto las puertas: el pais estaba arruinado por do quiera, y el terror del nombre Romano se habia esparcido en lo interior del reino: mas estos primeros sucesos eran mas brillantes que ventajosos. Mayores perjuicios acarrea aun al egército Romano el daño causado al enemigo talando sus campos; porque de este modo se ponía en la imposibilidad de permanecer en un pais donde no le quedaba como á los Persas el recurso de internarse en las provincias del centro.

Tambien cometió el Emperador la imprudencia de apartarse de la inmediacion de los rios, para penetrar á lo interior de las tierras, fiado en las noticias de algunos desertores. Creyendo asimismo que no necesitaba de su armada naval, la mandó reducir á cenizas, con pretexto de quitar á sus tropas el deseo de retroceder. Su egército se aumentaba en verdad con todas las tropas de los bajeles, pero lo que le faltaba no eran combatientes; importaba infinitamente mas el facilitar la subsistencia, que aquel aumento de tropas iba á hacer imposible. Creía en vano hallar la abundancia en las ricas provincias á donde principiaba á penetrar: pues los Persas habian despojado su propio pais, y no pudo allí procurarse ni granos, ni frutos, ni forrages, de modo que los Romanos se hallaron en breve reducidos á las mas crueles estremidades; y para suspender por algun tiempo el momento de morir de hambre, se vieron en la precision de

comer sus caballos. El enemigo entretanto fatigaba de continuo á este debilitado ejército, ya casi enteramente arruinado.

Así que atacaron la retaguardia corrió el Emperador hácia ella sin vestirse ni aun la coraza, y tan solo con un broquel que tomó con la mayor precipitación. De repente otra alarma nueva le llama á la vanguardia. A pesar de todo los contrarios fueron rechazados, y al retirarse gritó Juliano á las legiones mandándoles perseguirlos, levantando para esto los brazos. Entonces un dardo lanzado sin duda al uso de los Persas por uno de sus caballeros que huían, le hirió ligeramente el brazo y penetró hasta el hígado. Dióse prisa á arrancarle y se cortó los dedos. Cayó al punto desmayado sobre su caballo; condujéronle á su tienda para curarle la herida, y despues del primer remedio se sintió aliviado, y queria volver á la batalla: pero deteniéndole su debilidad, preguntó como se llamaba aquel parage; respondiéronle que se llamaba Frigia; y como en otro tiempo le pronosticaron que moriria en Frigia, pareció conmovirse, y conoció que iba á morir (1). Sostuvo sin embargo su carácter filosófico, habló algun tiempo con sus falsos sabios de la nobleza de las almas y de la reunion supuesta de la suya con los astros; y exhaló su último aliento á media noche del dia 26 á 27 de Junio del año 363, y á los treinta y uno ó treinta y dos de edad, de los que apenas habia reinado tres.

Se afirma, que sintiéndose mortalmente herido, man-

(1) *Philost. lib. 7. cap. 15.*

dó á algunos eunucos que le tirasen al rio para ocultar su muerte, y pasar por un dios, como Rómulo: pero que uno de ellos divulgó este proyecto y se desvaneció. Añaden algunos autores, que este Príncipe obcecado tomó la sangre de su herida y la arrojó hácia el cielo diciendo: *venciste, Galileo, venciste.* Mas Teodoreto autoriza solo este hecho con las voces vagas que se habian divulgado; y el historiador Sozomeno dice que esta hablilla corrió entre pocas personas. Dijeron otros por el contrario, que habia arrojado su sangre contra el sol, acusando á este dios, á quien tanto habia venerado, de su ingratitude y su injusta predileccion por los Persas. Lo que puede inferirse con seguridad es que el apóstata solo dió al morir muestras de obstinacion en su impiedad.

41. De ningun Príncipe se ha hablado mas diversamente que de este. Le han elevado hasta las nubes los Gentiles, y le han abatido algunos Cristianos tal vez demasiado. Es innegable á mas de la oposicion de interés entre estos jueces diversos, que Juliano tenia en efecto uno de aquellos caracteres equívocos y falsos, muy difíciles de conocer. Se gloriaba de una elevacion de alma igual ó superior á la de los mas ilustres filósofos, y se humillaba á las supersticiones mas ridículas. Hacia ostentacion de haber dejado el cristianismo por la fuerza de su razon; y se entregaba sin reserva á las mas absurdas extravagancias del politeísmo. Fingia un estremado desprecio de los fieles; y los proponia por modelos á sus Pontífices. Aspiraba á parecer humano, benéfico, suave, moderado,

que economizaba hasta la sangre mas vil; y al mismo tiempo resolvía no guardar ley alguna con los Cristianos, que componían la mejor parte del Imperio, é igualarse al Emperador Decio en su furor contra ellos cuando no pudiera escederle. De todas las religiones elegía las víctimas de sus sacrificios homicidas y de su detestable nigromancia. De aquí es que á pesar de su ridícula ostentacion de beneficencia, fue calificado generalmente de cruel, y creyeron que no dominaba sus inclinaciones sino por el estudio que habia hecho para tenerlas á raya bajo el reinado de Constanzo, á fin de dilatar la existencia. No puede sin embargo negarse que en este hombre tan singular brillaron cualidades dignas de elogio; pero mezcladas con defectos y vicios que le hacen digno de la censura de todo hombre de razon. Nos hemos detenido solo en lo respectivo á nuestro objeto sin examinar del todo su carácter, dejando á los lectores que juzguen de él por sus acciones, que es la regla mas cierta.

42. Reuniéronse los principales oficiales del ejército así que espiró Juliano, y confirieron unánimemente el Imperio á Joviano. Seguramente habia adquirido una gran fama por sus prendas personales este comandante de las guardias imperiales; pues este grado distaba mucho del trono. En efecto, se veía en él, además de un valor heroico, uno de aquellos ingenios fecundos en recursos, y tan necesarios en las circunstancias en que á la sazón estaba. Su figura augusta parecia anunciar su destino. Era de una estatura tan alta, que no pudo hallarse un manto im-

perial para él: era grueso á proporcion, bien formado y de buena presencia. Veíase en su rostro siempre pintada una noble alegría, con la serenidad inalterable que dá á conocer una alma superior á todas las dificultades: rayaba entonces á los treinta y dos años de edad; y este es el período de vida en que tales dones de naturaleza brillan con todo su esplendor. Benéfico, de un carácter franco, de un trato suave y fácil, llegaba á ser gracioso con los que le trataban de cerca; pero lo que sobre todo importaba á la Iglesia es que tenia una fe pura, y una firmeza pronta á sacrificarlo todo por ella.

43. Levantaron un trono poco despues de su eleccion al frente del ejército, y le hicieron subir á él, revestido de la púrpura, proclamándole Augusto y César á un mismo tiempo. Al instante y sin mas razones exclamó con la franqueza que le era natural: *siendo Cristiano, no puedo mandar á los soldados de Juliano si se conservan obcecados en sus errores. No podrá menos de ser vencido por los bárbaros un ejército abandonado del solo Dios verdadero y poderoso.* Gritaron los soldados todos á una voz: *nada temais, Señor, porque estais al frente de Cristianos. El gran Constantino instruyó á los mas ancianos de nosotros; y sus hijos á los demás. Juliano reinó muy poco tiempo para arraigar la impiedad en los que ha seducido.*

El Emperador conmovido con estas palabras, pensó solamente en salvar las tropas que se ostentaban tan dignas de sus cuidados. No fueron vanas su Religion y su confianza en la Providencia. Habiendo con-

sumido algunos dias en marchas, en los cuales los Romanos se defendieron valerosamente de los Persas; el Rey contra toda esperanza les envió á ofrecer la paz. No eran muy ventajosas á la verdad las condiciones; pero iba el ejército Romano, careciendo enteramente de víveres, á perecer sin remedio, y se concluyó una tregua de treinta años.

44. Divulgóse antes que pudieran tenerse noticias de lo que allí pasaba de un modo maravilloso por todo el Oriente, que Juliano había sido víctima de la venganza divina. Al tiempo de la batalla que le costó la vida, platicaba un piadoso gramático de Antioquia con el sofista Libanio, de quien era amigo por su talento distinguido; y este para hacer mofa del cristianismo le preguntó: „¿qué hace ahora el hijo del Carpintero? Un féretro para su mayor enemigo;” repuso con prontitud el gramático usando de un tono profético; lo que justificó en breve la publicacion del suceso (1). El famoso solitario San Julian Sabas receloso de las amenazas de este Príncipe contra la Iglesia, oraba con mucho fervor por espacio de diez dias sin interrupcion, en la Osroena, distante mas de veinte dias de jornada del campo del apóstata, y derramaba un torrente de lágrimas para que el cielo enfrenase su furor. Natáronle súbitamente sus discípulos con el rostro sereno, y mudado su aspecto habitual de gravedad y compuncion en una alegría muy extraordinaria. Habiéndole preguntado la causa, contestó: *cayó sin vida el jabali feroz que asolaba la viña*

(1) *Sozom. lib. 6. hist. cap. 2.*

*del Señor.* Despues se hizo público que Juliano había muerto en el dia y hora que el Santo lo había anunciado (1).

45. El mismo dia de esta profecía, Didimo el ciego sintiéndose en extremo triste por la misma causa que San Sabas, pasó muchas horas en oracion sin querer tomar alimento alguno. Adormecióle al fin la opresion de su tristeza, y observó en el sueño unos caballos blancos volando por los aires y montados por caballeros que daban voces diciendo: *comunicad á Didimo que hoy á las siete pereció Juliano: levántate Didimo, toma tu alimento con alegría y refiere lo que te revelamos al Obispo Atanasio.* Didimo notó el dia del mes y de la semana, y hasta el momento preciso de la revelacion, que era las siete de la noche, como se contaba antiguamente; es decir, una hora despues de media noche. Todo se cumplió con la mayor exactitud.

Mas á la primera espresion de este ciego distinguido todos lo creyeron fácilmente. Era este un prodigio de ingenio y no tenia menos piedad. Habiendo quedado sin vista á la edad de cuatro años, y oyendo buenos maestros, aprendió perfectamente la gramática, la retórica, la lógica, la filosofía de Platón y de Aristóteles, los principios mas sublimes de las matemáticas, y hasta los corolarios mas distantes de sus elementos, como la música y la astronomía que los antiguos llamaban armónica. Dedicóse aun mas á la ciencia de la Religion como se puede juzgar por su

(1) *Pallad. Laus. cap. 4.*